


La mecanógrafa de Henry James

MICHIEL HEYNS

Traducción de Magdalena Palmer

gatopardo ediciones 

Título original: *The Typewriters's Tale*

© Michiel Heyns, 2005

© de la traducción: Magdalena Palmer, 2017

© de esta edición Gatopardo ediciones S.L.U., 2017

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: noviembre 2017

Diseño de la colección y cubierta:

Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:

Cuarto de trabajo de Henry James en Rye,

East Sussex, Inglaterra

© spinner182.wordpress.com, 2015

Imagen de interior:

Lamb House, Rye, East Sussex, Inglaterra

Fotografía de Tony Hisgett, bajo licencia CC BY-SA 2.0, 2010

ISBN: 978-84-946425-5-5

Depósito legal: B-22422-2017

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Lamb House en Rye, East Sussex, Inglaterra,
residencia de Henry James de 1898 a 1916.

Para Marlene, Deon, Emile y Tertius

mecanógrafo, -fa: Persona diestra en mecanografía, y especialmente la que la tiene por oficio.

mecanografía: Técnica de escribir a máquina.

Diccionario de la Real Academia Española

En resumen, nuestra joven hallaba a sus damas en continua comunicación con sus caballeros, y a sus caballeros con sus damas, y en la inmensidad de sus intercambios interpretaba historias y significados sin fin.

En la jaula, HENRY JAMES

Desde su origen, la máquina de escribir se consideró una tecnología especialmente liberadora para las mujeres [...].

Las secretarías son, por una parte, herramientas que actuarían como grabadoras objetivas del pensamiento ajeno, tal como hacen los dictáfonos que en ocasiones éstas utilizan; por otra, la secretaria, como médium, nunca es una intermediaria objetiva.

Literature, Technology and Magical Thinking, 1880-1920,

PAMELA THURSCHELL

Por supuesto, el gran interés *teórico* de estas sesiones automáticas, sean habladas o escritas, consiste en poner en entredicho los límites de nuestra individualidad. Una de sus particularidades es que la escritura y el habla se anuncian como propias de una personalidad distinta de aquella de quien escribe, que a menudo se convence de que no es ella quien gobierna sus órganos.

«Notas sobre escritura automática», WILLIAM JAMES, 1889

Mi querido H.: el episodio del mensaje que con tanto acierto ha definido tu estado mental es muy extraño. Por una parte, demuestra que las mentes se comunican, incluso las de los muertos con las de los vivos; pero el ropaje, por decirlo de algún modo, y los accesorios del episodio son simbólicos y se deben a la serie de automatismos de la médium. Desconozco el significado de todo esto, pero, por lo menos, supone que nuestra conciencia «normal» utiliza tan sólo una pequeña parte del gran mundo en que habita nuestro ser.

Carta a Henry James, 6 de abril de 1906, WILLIAM JAMES

Lo que pretendo es observar ese extraño momento en que los personajes apenas esbozados, y cuyas aventuras nos disponemos a narrar, de pronto están *ahí*, en carne y hueso, adueñándose de nuestra persona, dirigiendo nuestra voz y nuestra mano [...]. Lo que intento capturar es una impresión del instante inaprensible en que esas personas que rondan mi cerebro comienzan a hablar dentro de mí con sus propias voces [...]. En cuanto se inicia el diálogo, me convierto en un mero instrumento de grabación y mi mano nunca vacila porque mi mente no tiene que elegir, sino tan sólo poner por escrito lo que esos seres estúpidos o inteligentes, apáticos o apasionados, se dicen unos a otros en un lenguaje y con unos razonamientos que aparentemente son del todo suyos.

Una mirada atrás, EDITH WHARTON

Las personas que proyectan y que construirían de buena gana los túneles del canal de la Mancha no saben nada del arte de la guerra, de sus sorpresas, sus estratagemas, sus desengaños o sus catástrofes [...]. Hay ciertos asuntos de suprema importancia que imponen la total seguridad como la única suficiente y adecuada defensa. La naturaleza nos ha proporcionado dicha seguridad al colocar una barrera de olas entre la ambición de los conquistadores continentales y las libertades de Inglaterra.

The Standard, junio de 1980, de *El diario de Alice James*

LA MECANÓGRAFA DE HENRY JAMES

CAPÍTULO I
8 de noviembre de 1907

Lo peor de que le dictasen era la espera.

—*Y entonces se descubrió levantando la vista cual...*

Mientras aguardaba, Frieda Wroth observó cómo la ancha espalda se desplazaba a un extremo de la habitación, daba media vuelta y reanudaba su lento avance hacia el otro extremo. Reflexionó, aunque no por primera vez, sobre lo irónico de su situación: transcribir, mediante hábiles dedos, los efluvios de un escritor, célebre por su comprensión a la hora de plasmar unas vidas tan insustanciales como la suya propia. Sin embargo, probablemente el señor James nunca se había percatado de aquella sutil ironía; tenía un oído prodigioso para captar la amortiguada cadencia de desesperación que resonaba en las oscuras relaciones de sus personajes, pero de ella, según parecía, sólo esperaba una atención escrupulosa y una jovial presteza para contribuir, de forma meramente mecánica, al lento proceder de sus invenciones y reflexiones.

Cuando se presentó para optar a aquel empleo, no habría imaginado que la tratarían como un simple e inadvertido accesorio de la Remington que tecleaba. No se trataba de sus condiciones laborales, que eran todo lo inmejorables que él era capaz de concebir, sino de las connotaciones metafísicas de su identidad como mecanógrafa. Frieda no

podría haber formulado ninguna teoría irrefutable acerca de la naturaleza y la función del espíritu humano, pero, por instinto, sabía que su objetivo no era servir como resorte de una máquina de escribir. En ocasiones envidiaba a los personajes ficticios del señor James por la consideración que éste les profesaba y por la autenticidad de las identidades que les otorgaba. Si a Frieda se le ocurría compararse con ellos, la funcionalidad de su trabajo le parecía indignamente instrumental. Para el señor James, ella no era un personaje real ni potencial, sino la mecanógrafa, que había sido designada para desempeñar dicha tarea y confinada a representar ese papel.

El señor James se detuvo ante la chimenea, lo que solía presagiar la enunciación de una frase por su parte. Aunque el escritor la había animado a que «leyese» algo mientras él se perdía en sus cavilaciones, Frieda nunca podía concentrarse en su libro, pues temía que si se enfrascaba en la lectura pudiese perder la primera palabra surgida de las meditaciones del señor James, tal como le había ocurrido una vez ante la notoria, aunque tácita, irritación del maestro. Era el más afable de los hombres, pero no toleraba que interrumpieran el hilo de sus pensamientos: a pesar de devanarse con tanta lentitud, se atascaba con sorprendente frecuencia. Así que ella prefería entretenerse tratando de predecir el resultado de aquellas cavilaciones, aunque hasta la fecha sólo había acertado una vez, cuando la escurridiza palabra en cuestión era «cosa». En esta ocasión, como el señor James perseguía un símil, lo único que Frieda sabía con certeza era que se trataría de lo contrario a lo que ella anticipara, pero, de todos modos, intentó prever esa contrariedad: *levantando la vista cual... ¿Montañero que mira deslumbrado la vertiginosa ladera del Mont Blanc?... ¿Aventurero ante la torre legendaria que encierra en lo alto a una princesa de cabellos dorados?*

—... *colegiala que, con los ojos alzados a la pared, coma, contempla un coloreado mapa del mundo, punto.*

El escritor prosiguió su lento y pausado dictado mientras Frieda tecleaba obedientemente, y se detuvo cuando el señor James reanudó sus pasos por la alfombra. Al llegar a la ventana, una leve inclinación de cabeza puso en evidencia que estaba saludando a un transeúnte, el cual, lo más probable, es que no se hubiese percatado de la cortesía que se le brindaba desde aquella habitación que daba a la calle. La caballerosidad del escritor no se limitaba sólo a las personas sensibles; en una ocasión, durante un paseo por Camber Sands, Frieda lo sorprendió descubriéndose ante un barco que cruzaba el canal.

Ante tanta cortesía y consideración —las tabletas de chocolate que, en sus idas y venidas, el escritor le dejaba sobre la máquina de escribir, las flores que le enviaba a su habitación siempre que George Gammon se dignaba a cortar una pequeña muestra de la profusión floral del jardín—, habría resultado una muestra de ingratitud por su parte pedir más. Cuando aceptó la tarea de traducir los raptos de inspiración de un genio a caracteres legibles, no se le había pasado ni remotamente por la cabeza que el genio en cuestión tuviese en cuenta sus deseos, pero había albergado la esperanza de que, en cierto modo, la haría partícipe del secreto de la creación y le permitiría, en escasas y preciadas ocasiones, asomarse a la fragua del arte que ardía con furia en aquella mente extraordinaria. Su experiencia posterior le había despertado ciertas dudas por lo que respecta a la temperatura de aquella hoguera: no era, intelectualmente hablando, un resplandor capaz de calentar los dedos entumecidos; resultaba asombroso que tanta luz proporcionase un calor tan exiguo.

Frieda había terminado preguntándose qué era pues lo que esperaba, una pregunta cuya respuesta podía variar según las circunstancias, aunque toda aquella variedad fuera muy parecida, porque siempre acababa aflorando una cierta ingratitud y la conciencia de un apetito no saciado, como el de la huérfana del cuento que rechaza obstinadamente el banquete que le ofrece el príncipe. En de-

finitiva, era consciente de que se le dispensaba un trato de amable indiferencia, un trato, sin embargo, que hasta hacía poco habría resultado preferible a otros, especialmente a la atención persistente del señor Dodds, de cuyo paciente e incansable galanteo había escapado cuando se trasladó a aquel pueblecito costero tan alejado de Bayswater. Fue en aquel impecable barrio londinense donde el señor Dodds dispensaba sus medicinas en una botica que siempre olía a tintura de yodo. Y el espectro de la tintura de yodo siempre rondaba al boticario, incluso en los jardines de Kensington adonde la llevaba a pasear los domingos soleados. Frieda seguía sin tener muy claro si estaba donde estaba porque perseguía una revelación o porque huía de la dichosa tintura de yodo.

Sin embargo, aquella decisión debería postergarse, pues se había reanudado el lento pero fluido dictado:

—*Sí, era una singular, una cálida...*

¿Atención? ¿Generosidad?

—... *amabilidad que nunca antes le había dispensado nadie, coma, y que inicialmente no habría sabido cómo describir, coma, o ni siquiera qué hacer con ella...* ¡Mi querido Fullerton!

El teclado de la máquina de escribir siguió repique-teando algo rezagado con respecto a la voz, pero Frieda pudo ver cómo el novelista extendía los brazos en señal de bienvenida, un gesto que ella había presenciado ya en el portal de Lamb House, pero que nunca habría imaginado que vería en la habitación del jardín. Pues que el señor James permitiera, y además celebrase, la entrada de alguien en el retiro de su genio era, más que poco habitual, algo del todo insólito, y su joven empleada no habría sabido cómo explicarse aquella salida de la rutina de no haber volcado toda su atención en contemplar a quien había sido causa y motivo de ella. Del hombre que extendía los brazos desde el umbral dirigiéndose al novelista podrían decirse muchas cosas, pero ninguna albergaría una verdad tan simple y notoria como que era realmente bello. Frieda nunca había pensado que los hombres podían ser bellos. Su madre le

había dicho que el señor Dodds era un hombre apuesto, y el señor Dodds solía mirarse de soslayo en el espejo de la botica con una complacencia que ponía en evidencia que compartía la elevada opinión de su madre; sin embargo, no había despertado en Frieda más que una sensación de culpabilidad, aunque impenitente, por no coincidir con el parecer de la mayoría, lo mismo que le sucedía con una anciana tía a quien todos consideraban «estupenda para su edad», y que a ella le había parecido siempre espinosa. Del señor Dodds no podía decirse que estuviera estupendo para su edad, ya que sólo superaba a Frieda en unos pocos años, pero «le habían ido muy bien las cosas», que, moralmente hablando, venía a ser lo mismo y lo situaba fuera del alcance de críticas superficiales, haciendo que el considerable tamaño de su nariz careciese de importancia.

Este recién llegado, que por lo que Frieda tenía entendido acababa de regresar de Estados Unidos y que se disculpaba encarecidamente por haber violado el sancta-sanctórum, no necesitaba pretextos para su nariz ni para ningún otro rasgo de su persona. Se le podía admirar sin tener que pasar revista a sus virtudes y proezas. Frieda se preguntó si las tendría; le parecía que con aquel aspecto no le hacía falta poseer ni unas ni otras. El brillo azulado de su mirada, los rasgos marcados y joviales de la boca, sus ágiles manos, denotaban una naturaleza más ligera que firme (el señor Dodds era muy apreciado en Chelsea y Bayswater por su firmeza) y un temperamento más proclive al disfrute de los demás que a su propia contemplación. Era incapaz de calcular su edad; al lado del señor James parecía muy joven, demasiado joven para ser amigo de aquel hombre mayor desde tan antiguo como la familiaridad que se profesaban parecía indicar. Por lo tanto, puede que no fuera tan joven como aparentaba, una suposición que no hizo más que incrementar, en lugar de disminuir, el interés que había despertado en ella: cualquiera podía ser joven; en cambio, haber vivido y conservar la frescura de la juventud era una extraña proeza. Todo esto lo captó Frieda, como se

dice, a primera vista; o eso pensaría después, al recordar cómo aquel hombre entró repentinamente, por así decirlo, en su vida.

Los dos caballeros estaban demasiado ocupados en constatar la alegría del señor James ante aquella muestra de confianza de su amigo como para reparar en la mecanógrafa. Sin embargo, después de zanjar el asunto y haciendo gala de su cortesía habitual, el escritor le presentó al recién llegado como «mi buen amigo el señor Morton Fullerton», añadiendo, como si esto fuese aclaración suficiente:

—El señor Fullerton vive en París.

Los ojos azules la miraron y Frieda sintió que nunca antes la había mirado nadie de ese modo. Le pareció que, más que llevarse una impresión de ella, el señor Fullerton estaba pendiente de la impresión que le había causado él, y que por algún medio sobrenatural captaba la turbación que había despertado en Frieda, la cual le impedía dar una respuesta que fuese más allá de lo meramente convencional. Como no resultaba ni interesante ni original hablar de las ventajas de vivir en la capital francesa, Frieda ni siquiera lo intentó.

El señor James, percatándose tal vez de cierto azoramiento en su mecanógrafa, creyó que si ella dispusiese de mayor información podría responderle de un modo más inteligente.

—El señor Fullerton es el corresponsal del *Times* en París, seguro que usted ha leído sus artículos. —Al reparar en que Frieda seguía con la boca abierta y sin mediar palabra, añadió—: El juicio del desafortunado capitán Dreyfus, ¿estará al corriente, supongo? Ha sido obra de mi amigo Fullerton.

El visitante se echó a reír.

—Mi querido Henry, me limité a informar del caso, no me encargué de la defensa.

—Ah, pero informar con tal resolución, con tal... heroicidad, habrá influido sin duda en el desenlace de un asunto tan complejo —insistió el señor James.

Al oír esas palabras, el señor Fullerton se volvió hacia Frieda.

—Ya ve, señorita Wroth, lo que significa tener amigos resueltos a encasillarte en un papel heroico.

Su tono era animado, pero Frieda percibió o se imaginó que la mirada fugaz que ambos intercambiaron iba algo más allá de una circunstancia meramente social: era la constatación de un lance compartido. Tras aquella apariencia jovial, Frieda intuyó que él era consciente de que estaba representando un papel que le resultaba antipático o, por así decirlo, que también escribía al dictado.

Pero, más tarde, volvería a pensar en ello. Mientras tanto, el señor James seguía hablando, levemente sonrojado:

—Señorita Wroth, ya que nuestra tarea ha sido interrumpida de una manera tan agradable, creo que no la necesitaré más por hoy. Declararemos medio día de descanso en honor del señor Fullerton.

Frieda miró el reloj. Sólo eran las doce del mediodía, prácticamente faltaban dos horas para cumplir con el horario habitual del señor James. Además, en las pocas ocasiones en que él terminaba de dictarle antes de lo previsto, siempre le entregaba correcciones para que las pasara a máquina. Intuyó que aquella visita era tan importante que el escritor no quería que le perturbase la presencia de una mecanógrafa tecleando en la habitación del jardín, y Frieda era lo bastante sensata como para no tomárselo como algo personal. El señor James se dirigió de nuevo a su privilegiado invitado.

—Querido Fullerton, por inmenso que sea mi placer de verlo aquí antes de tiempo, lamento haberme perdido el pequeño ceremonial de esperarle en la estación. La estación de Rye posee un cierto aire de grandeza, ¿no le parece? Como si aguardase eternamente la llegada de un miembro de la casa real.

—Entonces lamento haberme perdido yo la banda de viento y el coro de colegialas que sin duda había organi-

zado para recibirme. No tengo excusa capaz de justificar cuántas eran mis ganas de verle. Mi barco ha atracado en Liverpool unas horas antes de lo previsto y, dando yo prioridad a mi impaciencia y no a su conveniencia, he tomado el primer tren en Charing Cross.

Los dos hombres se dirigieron al jardín mientras charlaban sobre los méritos comparativos de los buques *Campania* y *Lusitania*, y Frieda se dispuso a recoger sus pertenencias para regresar antes de tiempo a su habitación de hotel. Siempre se marchaba por la puerta del muro que separaba el jardín del tráfico ocasional de West Street. Al principio, debido a su ignorancia, atravesaba toda la casa para salir a la calle, pero no tardó en percibir la callada desaprobación de la señora Paddington, el ama de llaves del señor James. Frieda descubrió que el acceso a la casa estaba celosamente custodiado y dependía de las distinciones y los límites sutiles, pero bien delimitados, que separaban a los sirvientes «residentes» de aquellos que no lo eran: pertenecer a este último grupo implicaba poseer un rango similar al de un proveedor, como el carbonero, que sólo se quedaba el tiempo suficiente para dejar su mercancía. Como Frieda no era ni sirvienta ni invitada, se movía dentro de unos límites muy bien definidos, aunque no claramente trazados.

Antes de abrir la puerta de la calle se detuvo un instante para contemplar, como tenía por costumbre, la belleza del jardín, que bajo el sol mortecino de noviembre ofrecía una combinación de colores tenues y suaves contrastes. Recreó la vista a través de las variadas tonalidades de la vegetación hasta el intenso color del ladrillo de la casa y de la vieja tapia para acabar demorándose en el portentoso invitado que conversaba con su anfitrión en el césped. Su cabello oscuro resplandecía a la luz del sol, y cuando de pronto estalló en risas, fue como una proclamación de juventud en medio de aquel plácido espacio vallado. Frieda se volvió mientras bajaba la manilla de la puerta, reparando en que él también se había vuelto para

mirarla de una manera que ella sólo había percibido en una ocasión, en el metro de Londres. Aquella vez, la mirada había provocado que se apease del tren en la siguiente parada; ahora la incitó a abrir la puerta rápidamente y escapar a la calle.